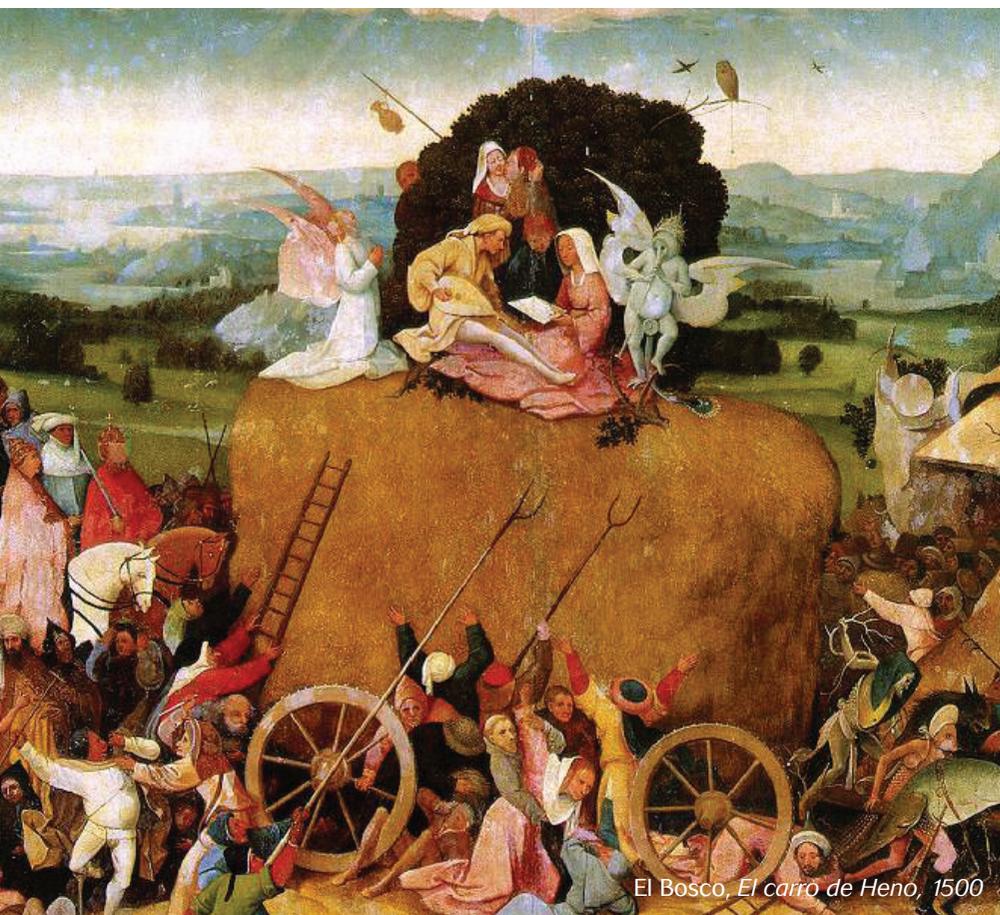


Codicia

Pasión movilizadora, excitación peligrosa

La sociedad tiende a condenar esta actitud, habitualmente considerada egoísta y abusiva. Pero esto nos deja finalmente una sensación de incoherencia e inautenticidad porque reconocemos que ella está presente en todos.

Estigmatizar las pulsiones como indebidas y no reconocer su presencia en el actuar, impide usarlas al servicio del desarrollo humano; pero, además, ello tiene consecuencias negativas tanto personales como sociales.



El Bosco, *El carró de Henó*, 1500

Ricardo Capponi

Psiquiatra – Psicoanalista

La presidenta Michelle Bachelet dijo: “La codicia y la irresponsabilidad de unos pocos... han arrastrado al mundo a una situación de gran incertidumbre”. El empresario Jorge Errázuriz reaccionó, diciendo: “Estigmatizar la codicia le ha hecho mal a Chile... que es algo malo, que uno se va a ir al infierno”. A esto, el padre Fernando Montes, S.J., replicó: “La codicia rompe el saco. Y, pocos días después, la Conferencia Episcopal afirmó: “Los pobres no pueden pagar los costos de una crisis que no fue provocada por ellos y que es fruto del egoísmo y la codicia humana”.

En términos generales, la sociedad —especialmente la generación de los mayores— tiende a simpatizar con quienes condenan esta práctica aparentemente egoísta y abusiva. Sin embargo, por otro lado, existe consenso en que esta motivación está intensamente presente en los políticos, empresarios, clérigos, militares, académicos y en toda institución, empresa u organización, como también en cualquier sujeto en particular. Por lo tanto, si bien estos discursos condenatorios despiertan inicialmente simpatía, van dejando una sensación de incoherencia e inautenticidad que contribuye a ese rechazo abierto de grupos importantes de nuestra sociedad —especialmente de los jóvenes— a la hipocresía reinante y a

la negación puritana de lo primitivo que reina en lo humano.

MOTIVACIONES POSITIVAS Y NEGATIVAS

Existe bastante consenso hoy en día en que, en todo lenguaje, los términos —especialmente los que señalan motivaciones— albergan un significado positivo y uno negativo. Para el término “codicia”, que es el más fuerte y aparentemente negativo en sí mismo, existen acepciones diversas. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* lo define como “1. Afán excesivo de riquezas”. Pero también, a continuación, “2. Deseo vehemente de algunas cosas buenas”. Si uno va al diccionario latino, descubre que “codicia” viene de *cupiditas*, expresión definida como “deseo, pasión”. De ahí proviene “cupido” que, por un lado, representa “deseos violentos, pasión, hijo de Venus y dios del amor” y, por otro, alude a alguien “deseoso, ansioso, apasionado por la vida” (*Diccionario Ilustrado Latino Español*, Editorial SPES).

Incluso con palabras de connotaciones tan negativas como la envidia, a veces decimos: “¿sabes? te tengo una sana envidia”. Lo mismo ocurre con el término “ambición”, entre tantos otros.

Una de las personalidades eminentes del psicoanálisis, Wilfred Bion, plantea que, para no caer en malos entendidos respecto de lo que se quiere decir, es recomendable agregar a algunos términos el signo (+) o el signo (–), dependiendo de qué intención predomine. Por ejemplo, existiría la *agresión* (+), al servicio de la defensa o de la destrucción de lo nocivo, y la *agresión* (–) con intención destructiva irreparable. También, los *conocimientos*

(+) verdaderos y los *conocimientos* (–) inconsistentes, mentirosos. E incluso el *amor* (+) que fortalece el vínculo y el *amor* (–) que favorece el cinismo y la hipocresía.

Siguiendo este razonamiento, podríamos afirmar que existe la codicia positiva y la codicia negativa. En general, la diferencia entre una y otra está en que el signo (+) de la primera implica que la intención que informa una motivación, que le da su forma sustancial, contribuye al desarrollo, al crecimiento, a la vinculación; vale decir, es fructífero. En cambio, en la connotación (–) de la segunda la motivación más bien contribuye a la destrucción, a la involución, al ataque al vínculo y, por lo tanto, no es fructífera.

Respecto de lo que se ha discutido recientemente, parece haber consenso en que hay una codicia positiva y otra negativa, lo que quedó claramente reflejado al término del debate de Jorge Errázuriz con el padre Fernando Montes, S.J, cuando al final afirmaron que ambos podrían estar parcialmente de acuerdo. El religioso concordaba con que la codicia es un sentimiento que, bajo ciertas condiciones, puede no necesariamente ser dañino.

LA ESENCIA DEL PROBLEMA

El problema radica no en las definiciones mismas, sino en su operatividad: cómo se cultiva la codicia positiva y cómo se erradica o se transforma la negativa. Y es en este punto que se hace patente la diferencia entre las posiciones que surgieron en estos días: para la Iglesia, la codicia y la ambición positiva no son un tema porque, si bien acepta la idea en teoría, en la práctica no cree que se

las deba cultivar. Y respecto de la codicia negativa, apuesta a que su erradicación se logra predicando que es un mal, haciendo ver que conduce a excesos y desórdenes, que hay que aplastarla, estigmatizarla y demonizarla¹.

La *codicia positiva* se cultiva promoviendo el valor de la riqueza personal, aquella destinada a mi propio provecho, para obtener todos los beneficios que su tenencia me otorga. Se respeta así un impulso básico, instintivo y natural de nuestra condición de seres biológicos con un pasado animal, confiando en la capacidad humana para su autorregulación y elaboración a través de mecanismos personales —y también sociales— que la van orientando hacia el altruismo. Respecto de la *codicia negativa*, esta es la “experiencia vivida” con las consecuencias dolorosas y angustiantes que acarrea, la que contribuye al cambio, a su superación, moderación y abandono. Este doble proceso de elaboración puede llevar a un sujeto inicialmente codicioso y egocéntrico a transformar su codicia en “deseo vehemente de algunas cosas buenas”, como define el diccionario, y llegar a ser un filántropo —como sucede muchas veces con hombres de fortuna— o un político altruista genuinamente preocupado por quienes representa.

LA IMPORTANCIA DE LA EXPERIENCIA

Durante miles de años, la educación, la transmisión de la cultura, la determinación de las formas de comportamiento adecuadas en la sociedad, la ética y la moral, estuvieron en manos de personas mayores que inculcaban a los jóvenes sus conocimientos y valores. Quienes

¹ *Catecismo de la Iglesia católica*. Artículo 10: El décimo mandamiento, I. El desorden de la codicia, plantea:

2535 El apetito sensible nos impulsa a desear las cosas agradables que no tenemos. Así, desear comer cuando se tiene hambre, o calentarse cuando se tiene frío. Estos deseos son buenos en sí mismos; pero con frecuencia no guardan la medida de la razón y nos empujan a codiciar injustamente lo que no es nuestro y pertenece, o es debido a otro.

2536 El décimo mandamiento proscribiera la avaricia y el deseo de una apropiación immoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el deseo desordenado nacido de la pasión immoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el deseo de cometer una injusticia mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales: Cuando la Ley nos dice “no codiciarás”, nos dice, en otros términos, que apartemos nuestros deseos de todo lo que no nos pertenece. Porque la sed del bien del prójimo es inmensa, infinita y jamás saciada, como está escrito: “El ojo del avaro no se satisface con su suerte” (Si 14,9) (Cat. R. 3,37).

2537 No se quebranta este mandamiento deseando obtener cosas que pertenecen al prójimo siempre que sea por justos medios. La catequesis tradicional señala con realismo “quiénes son los que más deben luchar contra sus codicias pecaminosas” y a los que, por tanto, es preciso “exhortar más a observar este precepto”:

Los comerciantes que desean la escasez o la carestía de las mercancías, que ven con tristeza que no son los únicos en comprar y vender, pues de lo contrario podrían vender más caro y comprar a precio más bajo; los que desean que sus semejantes estén en la miseria para lucrarse vendiéndoles o comprándoles... Los médicos que desean tener enfermos; los abogados que anhelan causas y procesos importantes y numerosos... (Cat. R. 3,37).



vigilaban el correcto funcionamiento de esta práctica eran las instituciones y en ello, durante siglos, tuvo un papel central la Iglesia católica. El que aprendía era un sujeto más bien pasivo-receptivo, que seguía los principios que se le infundían, se “portaba bien” y se ganaba un lugar en la sociedad.

A partir del siglo XVIII, esto comenzó a cambiar. Se fue erosionando el valor del principio de autoridad heredada e impositiva. Pero no fue sino hasta el siglo XX que este cuestionamiento impregnó significativamente la cultura. Ello sucedió a raíz de que, al observarse científicamente la psicología del sujeto, se descubrió que, entre otras cosas, esa forma de educación impositiva tenía costos muy altos en la calidad del desarrollo del humano. Se demostró que el aprendizaje que lleva a la construcción de una identidad verdadera y no prestada, auténtica y no falsa, pasa no por el seguimiento de modelos impuestos por un tercero, sino más bien por la elaboración de las propias “experiencias”. Experiencias vividas con el grado de “desorden” e intensidad necesarios para movilizar los procesos afectivos y cognitivos que conducirán al sujeto a la construcción de una ética y moral propias, bien articuladas, porque respetan sus deseos profundos. Una ética y moral, por lo tanto, consistentes, confiables, sólidas (todos, atributos escasos hoy). “El estilo clásico del *homo sapiens* se reemplaza por el *homo ludens* y el *homo demens*, poniendo a prueba el desorden de las pasiones, el juego de los sueños, la alternancia de las fuerzas elementales, la fusión de los contrarios” (Jan Koenot, S.J., *Mensaje* N° 578).

Esta “experiencia” que conduce al verdadero aprendizaje requiere de una actitud pedagógica de parte de los más experimentados, que está muy lejos de

ser la prédica cargada de consejos, de admoniciones, de principios, de valores abstractos, de ideologías, de prejuicios y creencias propias o institucionales, por muy bien intencionadas que sean, por muy humanistas y/o muy piadosas que parezcan. Esta forma nueva de educar es un desafío pendiente, que asumiremos cuando tengamos más conciencia de la caducidad de los métodos en boga.

El siglo XX descubre y desarrolla el valor de los afectos (que no son sino la elaboración de las pulsiones primitivas). Y, por la ley del péndulo, la cultura suprime el valor de la racionalidad y sobrevalora lo instintivo. Nuestro desafío es cómo integrarlos. Tal empeño no va por la línea de construir respuestas simples en base a “relatos cortos” que den coherencia a la vida en el aquí y ahora, como lo pretenden los jóvenes; eso sería hacerles el juego. Tampoco por imponerles los valores y los pensamientos de las “grandes narraciones” en que nos educamos nosotros, pero que a ellos no les dicen nada. Va más bien por el lado de acompañarlos, respetándolos, valorándolos en sus motivaciones y formas de proceder, pero al mismo tiempo conteniéndolos y significándoles lo que viven, muy de cerca, con mucha preocupación, comprensión y cuidado; en definitiva, con mucho amor. En este mundo globalizado, donde Internet es el vehículo esencial de socialización, como nunca antes se requiere de una educación afectivamente cercana que logre desplazar esa tendencia masiva (y, por ende, infantil) de buscar una coherencia fuera de la racionalidad y, exclusivamente, en la emoción y el sentimiento. Su integración se hace posible en la revalorización del proceso de identificación y, por lo tanto, de la experiencia acompañada de un *otro* cercano o íntimo.

EL PUNTO ÁLGIDO DE LA DISCUSIÓN

¿Promovemos una forma de aprendizaje, de desarrollo y de crecimiento humano, permitiendo el acceso libre y sin cortapisas a las pasiones a que nos mueve nuestra condición primitiva, dejándonos llevar hasta el límite necesario —asumiendo el riesgo que aquello implica—, para configurar una experiencia auténtica que dé origen a una identidad sólida, creativa y consistente? ¿O aprendemos por prestado, basados en la experiencia de otros, siguiendo las ideas, los modelos y paradigmas contruidos por terceros, evitando así todo riesgo, transformándonos en incapaces de armar una identidad propia creativa y consistente?

Un representante de la modernidad preguntaría: ¿Para qué correr el riesgo de acercarse a estas pasiones tan peligrosas que desatan deseos y anhelos excesivos y desordenados, existiendo la posibilidad de que sean previamente controladas, alejadas o excluidas a través de la razón, del buen juicio, de los argumentos coherentemente contruidos provenientes de la sabia experiencia acumulada por esas milicias de protectores del mal que saben lo que es bueno y conveniente?

Un representante de la posmodernidad respondería: Primero, porque no experimentarlas no constituye garantía de que esas pasiones se cancelen, se destierren, se eviten. Están siempre operando en el mundo afectivo del sujeto. A lo más, se puede construir contra ellas una fachada de buena presentación, con un alto costo emocional, que termina siendo habitualmente inauténtica, plagada de contradicciones y dobles estándares; que deja una sensación de mesura y



Quien vive la codicia, tratando de que predomine su aspecto positivo y elabora permanentemente los elementos negativos va a ir transformando la necesidad de poseer en una necesidad con distintos sentidos, no solamente con el del placer que brindan los bienes materiales, el dinero y la posición.

orden, pero que no convence a nadie. Más temprano que tarde, estos sujetos de buen comportamiento con “corsé” se quiebran y la pulsión evitada o aplastada irrumpe de una manera avasalladora, dejando en evidencia la frágil y poco eficiente solución aplicada en el pasado. Y, segundo —tal vez más importante— el sujeto se desvitaliza, pierde fuerza, ánimo y entusiasmo. Porque la fuerza que mueve a la acción, que nos proyecta, está energizada desde los elementos primitivos que hay tras toda pasión. Su represión o aplastamiento corta las raíces de la savia que energiza la pasión. Poco a poco faltan el entusiasmo, el ánimo y el amor suficientes para emprender las tareas, como también la fuerza y la energía que la dura realidad demanda cuando se quiere construir o aportar algo de verdad innovador.

Un ejemplo es la agresión positiva que hay que estar dispuesto a ejercer para lograr cuajar un proyecto, sea una empresa, una nueva idea, una publicación científica, una obra de arte. Para romper esquemas, imponerse y sobreponerse al contrajuego agresivo del resto de la sociedad, que natural y muy comprensiblemente tenderá a boicotear lo nuevo que se le viene, no basta, no se sostiene ni alcanza una agresividad que solo tiene como fuente de inspiración un impulso sublimado, puramente generoso y altruista. Sin un incentivo básico, primitivo, que colinde con lo narcisista y egocéntrico, que otorgue placeres de triunfo, de poder y de goce sensorial, a poco andar el motor se agota, se apaga. Y aunque en algunas personas notables pudiéramos pensar que su motivación proviene de un sentimiento puro de amor, generosidad y altruismo, no me cabe duda de que ese depuramiento

tiene una historia difícil y dolorosa en que el sujeto ha enfrentado sus propios egocentrismos pulsionales, cara a cara y sin tapujos. Por último, hay personas excepcionales que hacen estos caminos con tanto don que parece que lo hubieran heredado en su naturaleza. No son sino las excepciones que confirman la regla. Y, obviamente, no podemos construir pedagogías basadas en los talentosos, en los genios, en las excepciones.

En este mismo sentido, el riesgo y la incertidumbre que hay que estar dispuestos a vivir, a fin de mantenerse en pie el tiempo necesario para sacar adelante un proyecto verdaderamente innovador, requieren de una motivación anclada en lo profundo de nuestra constitución, mezcla de humana y animal. El puro amor no alcanza.

Sostenerse en estas condiciones requiere motivaciones que están movidas por fuerzas primitivas, con cargas de narcisismo, de egocentrismo, de codicia, de deseo de poder, de aplauso, alabanzas, reconocimiento, etcétera. Motivaciones no solo inevitables, sino necesarias; si no están presentes, el proyecto queda en el camino, se desinfla.

Uno de los errores del marxismo fue la ingenua convicción de que la solidaridad, el altruismo y la generosidad que suponían predominaban en el ser humano —solo aplastadas por el capitalismo opresor que hacía que las relaciones humanas estuvieran totalmente mediadas por el dinero— iban a brotar en todo su esplendor una vez obtenido el triunfo del proletariado y que sobre tales bases se construiría una sociedad cada vez más desarrollada y justa. Ya lo sabemos: el costo de dicha ingenuidad fue muy alto.

Todo lo descrito hasta ahora podría

aplicarse al tema de la sexualidad y la reticencia a aceptar la intensa fuerza de la excitación sexual a partir de la pubertad, para que, elaborándola —y no reprimiéndola ni disociándola—, se pueda transformar en deseo erótico de calidad y, posteriormente, en amor sexual maduro.

CONSECUENCIAS DE NEGAR LAS PULSIONES POSITIVAS

Estigmatizar las pulsiones como indebidas y no reconocer su presencia en el actuar, impide usarlas al servicio del desarrollo humano; pero, además, tiene consecuencias negativas tanto personales como sociales. Menciono a continuación las más relevantes.

Pérdida de la pasión, desapego a la vida y desesperanza. Un sujeto que, debido a la excesiva preocupación por acatar la norma y cumplir con los preceptos, construye su identidad reprimiendo e inhibiendo la fuerza de sus deseos pulsionales básicos, puede asegurar por un cierto tiempo un relativo buen comportamiento. Sin embargo, al no estar su vida emocional enraizada en el impulso, la motivación, los deseos y los afectos desbordantes del mundo primitivo pulsional, la vida anímica de ese sujeto poco a poco va perdiendo intensidad y entusiasmo. La existencia se le transforma en un cumplimiento de objetivos, metas y modelos foráneos. Siempre está tratando de portarse bien frente al grupo social de pertenencia, pero en un clima cada vez más apático, con la sensación de que vivir es un sacrificio constante. Vive como arrastrando un gran peso sobre las espaldas, perdiendo así la capacidad

de goce, placer y entusiasmo que caracteriza una vida realizada y apasionante. Bajo las exigencias que se impone o le imponen, muchas veces pierde el apego a la existencia, acaricia el deseo de morir, de que todo termine; desea pasar a la otra vida, tan solo porque esta ya resulta entre indiferente y cargante.

Uno de los flagelos esenciales en la sociedad actual es la falta de pasión. No hay pasión por el trabajo, por la familia, por tener hijos, por participar en las instituciones, por la comunidad ni por el sentido trascendente de la vida, y abundan las personas con una angustiante sensación de vacío y sinsentido. Algo está fallando en los modelos educativos y en las formas en que nuestra generación ha transmitido lo atractivo y apasionante que es vivir.

Desvalorización de la experiencia personal. Desconfianza e inseguridad. El asumir las pasiones que provienen de nuestros instintos con el grado de intensidad y desorden necesarios, inevitablemente nos lleva a excesos, errores, distorsiones y daños que nos afectan a nosotros mismos y a terceros. Esa es la razón de que la experiencia personal aparezca como peligrosa: el temor al descontrol. Pero esta es la única manera de hacer un aprendizaje efectivo que quede incrustado en nuestra memoria, no como un dato intelectual insípido, sino como una situación vivida con la fuerza que da la emoción. La experiencia personal se configura así como una situación que posteriormente puede ser elaborada a través de los procesos cognitivos pertinentes, adquiriendo la riqueza de un símbolo, de un pensamiento de calidad, que aumenta el caudal de recursos mentales del sujeto y lo hace ser cada vez más auténticamente humano.

La experiencia personal frente al deseo pulsional genera aprensión porque hay desconfianza en la capacidad humana de transitar un camino propio de calidad; también, en la de corregir, reparar y enmendar los errores cometidos en el trayecto, producto de haberse expuesto de frente y audazmente a las pasiones que nos abre el instinto. Sin embargo, las evidencias que arroja la psicología del desarrollo han hecho cambiar estas

posturas tan tímidas. Por ejemplo, hoy existe la convicción —prácticamente compartida por todos los especialistas— de que el adolescente debe necesariamente correr riesgos para construir una identidad auténtica y bien articulada. Si él no se expone, no vive los peligros inevitables que implica el conocer, vivir y experimentar la fuerza de sus pulsiones. Y si transita esos caminos movido por la presión de padres y educadores que le desean una “adolescencia olímpica”, su pseudo identidad le pasará la cuenta en la crisis de la edad media, cuando, urgido por la realidad de que la vida tiene término, se cuestione lo falso de su proyecto personal. Acá el destape es avasallador o la depresión, intensa.

Lo único que se exige en la educación del joven para que el riesgo de vivir sus pulsiones no sea temerario y autodestructivo, es que los padres estén cerca, acompañándolo, conteniéndolo; pero esto es muy distinto a un cargoseo impositivo, predicador, enjuiciador y dictador de valores. La desconfianza en la capacidad del joven para lidiar con el mundo real (como, por ejemplo, la presencia inevitable de su codicia positiva y negativa) que transmiten los educadores impositivos, lo único que logra es aumentar el miedo y el temor a la vida; como resultado, se potencia un aspecto instintivo —el temor— que es tan deshumanizante como los excesos pulsionales de los que estamos hablando. O, por la conocida reacción del péndulo típica del funcionamiento mental, algunos sujetos expuestos a esa forma de educación se transforman en la otra cara de la moneda: en jóvenes temerarios, omnipotentes y soberbios.

Inautenticidad, hipocresía y doble estándar. Sin riesgos, sin pasiones, sin este elaborar en forma personal el desafío que nos impone nuestra condición animal, construimos una identidad inauténtica, plagada de hipocresías, de dobles estándares, donde la diferencia entre lo que mostramos y lo que somos es enorme, perpetuando un círculo vicioso de falsedades en la educación de quienes nos siguen.

Pero para lograr esa integración hay que “experimentar”, aceptar, vivir,

arriesgarse a dejarse llevar, confiando en la capacidad de emerger, quedando así mejor preparado para cuando uno se vuelva a hundir en la próxima vuelta del espiral. Se va configurando así una memoria rica en experiencias personales que, frente a un conflicto, un problema o cualquier dificultad, podrá echar mano a una gran variedad de recursos mentales, construyendo una respuesta interesante y creativa frente a los problemas. Nos instalamos en un círculo virtuoso sumamente saludable.

Pérdida de influencia educativa. Los jóvenes captan hoy con mucha agudeza las incoherencias en estas materias. Como uno de los nortes que mueve a la juventud actual es la búsqueda de la autenticidad —así como en nuestra generación fue la justicia social—, al captar la farsa de esa forma de vivir y educar que he descrito,

se alejan, no les interesa, no nos escuchan aunque nos oigan. No nos creen. Perdemos así toda posibilidad de estar cerca y de acompañarlos y contenerlos, que es la única forma de educarlos de verdad.

Los jóvenes no creen en las narraciones que no incorporan el claroscuro de la vida, tanto de las fuerzas positivas como de “la parte del diablo” de las profundidades oscuras, dice Michel Maffesoli (citado por Jan Koenot, S.J., *Mensaje* N° 578). Este aspecto tiene especial importancia para las iglesias y la religión en general: “La cultura que predomina en la modernidad ha cambiado el medio ambiente en que se desenvuelve la religión: surgen una sensibilidad diferente y nuevos lenguajes para los que se requieren nuevas formas de compromiso espiritual” (Michael Paul Gallagher, S.J., *Mensaje* N° 578).

CONSECUENCIAS DE NO ELABORAR PULSIONES NEGATIVAS

También la sobrevaloración del componente pulsional primitivo tiene riesgos. Algunos de ellos son los siguientes.

Confundir la pasión con la excitación. El coraje de permitirse vivir la codicia, de reconocer y actuar conscientemente guiado por el deseo de tener más riqueza para acceder a placeres anhelados, aumentar el poder, el control y el dominio sobre la naturaleza, la vida y los demás, y así tantos privilegios que el lucro provee, puede complicarse en la medida en que la pulsión correspondiente no esté siendo permanentemente elaborada.

La codicia positiva va siempre enma-

rañada con la negativa, ellas nunca crecen puras. Ya hemos visto que tratar de sanear precozmente la negativa es un error, porque las arranca a ambas. Es necesario que crezcan juntas, como la cizaña y el trigo, para, una vez que estén maduras —esto es, que la experiencia precisa haya alcanzado su punto—, proceder a separarlas lo más posible (porque nunca se logra despegarlas por completo). Durante este proceso de elaboración, el sujeto reconoce cada vez más el valor de una y lo dañino de la otra. Le va dando un sentido a la codicia que va más allá del placer excitatorio que provocan las gratificaciones narcisistas excitantes recién mencionadas. Porque la excitación no es lo mismo que la pasión. Y así como la represión mata el entusiasmo, la excitación a la larga aburre y también mata la pasión. Pero quien vive

Sin un impulso básico, primitivo, que colinde con lo narcisista y egocéntrico, que otorgue placeres de triunfo, de poder y de goce sensorial, a poco andar el motor se agota, se apaga.



la codicia tratando de que predomine su aspecto positivo —el que promueve la pasión— y elabora permanentemente los elementos de la codicia negativa que adhieren a la excitación, va a ir transformando la necesidad de poseer más y más riquezas, en la necesidad de poseer más y más riquezas con distintos sentidos, no solamente con el del placer que brindan los bienes materiales, el dinero y la posición. Y movido, entonces, desde la misma codicia, pero más afinada, sus aportes van siendo cada vez de mayor calidad. Puede transformarse en un filántropo, un altruista, una persona bondadosa, solidaria y muy aportadora.

Ser temerario en la experiencia. Por otro lado, permitirse experimentar la fuerza del deseo proveniente de nuestros instintos y pulsiones primitivas, tiene el riesgo de llegar hasta los límites de la autodestrucción, o de la destrucción de otros, a veces sin posibilidad de reparación. Como ya lo he señalado, junto con la valentía que demanda vivir con un alto grado de libertad, se requiere un sano mecanismo de contención protector, que proviene de la vertiente amorosa, cuidadosa y precavida del sujeto. Esta capacidad de autocontención se origina en la experiencia previa subjetiva vivida por el sujeto con personas que realmente lo apreciaron y le permitieron construir en libertad esos elementos contenedores. También proviene de las experiencias dolorosas que pueden haber surgido del traspasar las fronteras de lo permitido y, como consecuencia, haber sufrido pérdidas y castigos, experiencias que a su vez ayudan a internalizar un sentido del límite y a afinar el comportamiento ético. De aquí surge la importancia de la justicia, del sistema de policía y del castigo proporcional al daño.

Quedar pegado a la gratificación narcisista. Los placeres que otorga la satisfacción de los instintos básicos tienden a ser adictivos. Entre ellos están el poder, la sensación de omnipotencia, el control, el ejercicio de la agresión y la falta de consideración hacia el otro.

En general, son aquellas pulsiones que gratifican aspectos narcisistas. Porque

Más que combatir el mal a través de una moral voluntarista, debemos acompañar a nuestros hijos a nuestros alumnos, a los adultos jóvenes en general, conteniéndolos y significándoles desde cerca, con amor y respeto, el lado oscuro de la existencia, la parte animal que nos empuja, sin negarla.

así como las gratificaciones narcisistas son una motivación fundamental para la vida, el recuerdo placentero al ego que ellas aportan, que empuja a la acción y a la vida, al ser “tan rico”, tiene un componente adictivo. Este puede dejar a la persona pegada a las gratificaciones primitivas, impedida de ir a la búsqueda de una mayor elaboración, que es lo que en definitiva la va a humanizar.

Escepticismo y cinismo, ausencia de ética y moral. La falta de elaboración conduce a que la codicia positiva vaya siendo monopolizada por la codicia negativa y que, cogido por los placeres narcisistas ya descritos, el sujeto no sea capaz de moverse por valores con sentido más altruista, solidario y fraterno, que vayan más allá de sí mismo. Al no equilibrar sus propios deseos con los de los demás, se va desentendiendo de la sociedad que lo rodea, a veces incluso de su grupo cercano, y va cayendo poco a poco en el escepticismo, en el cinismo, en comportamientos cada vez menos éticos y en una moral progresivamente relajada.

Reconocer la importancia de nuestros impulsos primitivos, experimentarlos abiertamente para conocerlos y hacer experiencia con ellos, son condiciones necesarias, aunque no suficientes, en el camino de un desarrollo plenamente humano; en el decir del padre Fernando Montes, “para que no perdamos el alma”.

A MODO DE RESUMEN

Estas son reflexiones que tienen como propósito ganarnos el respeto y el aprecio de las generaciones jóvenes. En resumen, para lograr tal objetivo debemos tener

presente: uno, el valor de los caminos propios para la gestación de nuevas generaciones con identidades emprendedoras e innovadoras que contribuirán al crecimiento y a la producción de riquezas tan necesarias para nuestro país; dos, la recuperación de la experiencia como modalidad de aprendizaje para construir personas bien articuladas, auténticas, atractivas y creativas;

tres, el poner en el tapete el interesante aunque delicado tema del riesgo ineludible de contactarse y vivir las fuerzas instintivas básicas que, bien contenidas, dan frutos de mucha calidad.

Todo esto es posible lograrlo, haciendo el contrapeso a la tendencia actual de los jóvenes a desestimar la necesaria ley —y los límites que esta impone— que requiere todo proceso de humanización. Se identifican difusamente con variedad de íconos, relativizan los valores, quieren vivir en el aquí y ahora sin proyectarse, sobrevaloran la imagen y los sentimientos desechando la racionalidad en los temas profundos y, por rebeldía, sobrevaloran lo primitivo y negativo de las pulsiones. Pero no tenemos vuelta atrás. Este contrapeso no se logra predicando ni imponiendo normas. Por otro lado, esa ley que humaniza no puede sino provenir de los más experimentados, los que ostentan el poder, las generaciones adultas. Más que combatir el mal a través de una moral voluntarista, debemos acompañar a nuestros hijos, a nuestros alumnos, a los adultos jóvenes en general, conteniéndolos y significándoles desde cerca, con amor y respeto, el lado oscuro de la existencia, la parte animal que nos empuja, sin negarla, mirando de frente la condición cruel, despiadada, abusiva y destemplada que nos acosa desde nuestras pulsiones violentas.

Estoy cierto de que esta pedagogía requiere de muchos cambios: entre otros, de tiempo destinado a los hijos por parte de los padres, de información y destreza en los educadores, de ayuda a difundir esta modalidad por parte de los medios de comunicación y de cambios en la pastoral de la Iglesia católica. **MSJ**